

Madrid, por un mes... Por tres meses... Por seis meses... Por un año...

En la Redaccion, Plaza de Colón, número 4, sur... y en las librerías de Bailly-Baillière, calle de...

El mínimo 2 rs., y los que pesen de ocho líneas a 20... 2 cuartos cada 30 letras para los suscritores...

LA IBERIA.

DIARIO LIBERAL DE LA TARDE.

Edicion de Madrid.

Miércoles 5 de Noviembre de 1856.

AÑO III.—NUMERO. 702.

SECCION DOCTRINAL.

Muy distantes estábamos de creer, al escribir nuestro primer artículo del número correspondiente al 31 del pasado, que con él daríamos a cierto vespertino diario, que a falta sin duda de algun otro mas adecuado nombre, se intitula La Regeneracion, pretexto para escribir una de las apologías de sí mismo mas estrepitosas é in-tempestivas de que nos presentan ejemplos los anales de la prensa. Mas, puesto que contra toda nuestra prevision asi ha sucedido; puesto que el diario llamado La Regeneracion ha escrito, bajo la entretenida forma de un prolijo interrogatorio, su hoja de servicios, nosotros, á quienes no pueden llegar los envenenados dardos que con impotente mano nos lanza, vamos á examinar con la calma inalterable del que ni se deja intimidar por la de-temperada vocinglería, ni por los risibles alardes de una fuerza que no existe, hasta qué punto nuestro infantilmente irascible colega ha dado la satisfactoria contestacion al artículo que tan feroz y jaqueton le obliga a mostrarse con nosotros.

Empecemos diciendo que dista tanto de ser cierto que nuestro artículo en cuestion fuese dirigido al espresado diario, que el asegurar rotundamente que á él nos dirigimos, es, hablando sin rodeos, una falsedad, en que no esperábamos incurriese quien hace alarde de tan intratable y espeluznador catolicismo. Lo que en esto hay de cierto es que nosotros escribimos un artículo en que procuramos demostrar con razones deducidas de la situacion moral, de las aspiraciones y necesidades de las diferentes clases de la sociedad española, lo inconveniente, lo absurdo, lo irrealizable en fin, de una restauracion absolutista en favor de doña Isabel II, puesto que en nuestro concepto y en el de todo el pais, y en el de toda Europa, el absolutismo, tal como lo aclama el diario religioso á quien contestamos, no tiene en España otro representante que el conde de Montemolin.

Esto estampamos el viernes último, esto estampamos hoy, esto seguiremos estampando, si quiera á nuestras razones nos contesten descortesmente, si quiera á verdades que están en la conciencia de todo el mundo opongan los hombres de La Regeneracion pretenciosas relaciones de sus méritos y servicios periodísticos, que así dilucidan la cuestion como por los cerros de Ubeda.

Nuestra desvanecida hermana nos dice con una petulancia que nos ha hecho suma gracia, que es uno de los periódicos de mas lectores que tiene España. ¡Sea en hora

buena, felicísimo colega! Os perdonamos la bravata, porque no somos tan inflexibles con las flaquezas humanas, que exijamos de nuestros prójimos perfecciones absolutas, aunque muevan con su catolicismo y su monarquismo mas estruendo que un terremoto. Pero no podemos perdonaros que hayais olvidado que, en este punto, no es LA IBERIA el periódico que debe envidiaros por mas trabajos que se hacen para aniquilarla.

Nos preguntais qué partido representamos. Os lo diremos inquisitivamente para vuestro contentamiento, si bien, aun cuando de nosotros no hubiérais tenido noticia alguna antes de los acontecimientos de este verano, (que de tan evangélico placer llenaron vuestro caritativo corazón), debísteis haberlo adivinado desde luego por las recojidas, ya innumerables, que desde aquellos faustos acontecimientos hemos sido víctimas. Sabed, pues, bendito colega, que nosotros hemos defendido siempre y defendemos aun la causa liberal, de la que tantos gloáis? tantos han renegado despues de haber salido á su sombra del polvo, nosotros empezamos nuestras tareas periodísticas, no tan sublimes como las vuestras, pero por lo menos igualmente leales, defendiendo al partido progresista, á la sazón en la desgracia; defendimos luego en la fortuna, sin por ello medrar, ni siquiera conseguir un mal título; y, ya lo veis: hoy, defendemos, cuando nuestros amigos nos lo permiten, y puesto las deserciones no entran en nuestro cálculo, al mismo, mismísimo partido progresista, hoy como entonces tildado por vosotros de ateo é impío, pero que hoy como entonces se rie de vuestras grajitas calificaciones, porque sabe muy bien que en las luchas políticas, nada absolutamente significan esos estemporáneos epítetos. ¿Está su merced satisfecha, señora Regeneracion?

Mas, ya que no os habeis dignado replicar á las razones por nosotros aducidas contra el absolutismo isabelino, y toda vez que en lugar de hacerlo así, como era de vuestro deber, os habeis abandonado á propias alabanzas, á vanas declamaciones y denuestos que á nada conducen, sino á dar muy pobre idea de quien los vomita por sistema, servios deciros, si no lo habeis por enojo, cuál es la diferencia que en vuestro sentir existe entre el partido carlista y el partido monárquico, de los que nos habeis ni mas ni menos que si fueran dos partidos enteramente diferentes, en la enumeracion que haceis de las fracciones políticas que nos dividen. ¿Es que el partido carlista no es ya monárquico? ¿O es que en el partido monárquico no se oculta ningun carlista? Esto esperamos saber, serafico colega; y al ver satisfactoria-

mente aclarado el galimatias de las preguntas en que nos pintais como diferentes los partidos carlista y monárquico, grande, muy grande será nuestro regocijo.

¡Nos repetis vuestra profesion de fe! tanto y con tan descompasadas voces la habeis repetido, que hasta los ciegos la saben de memoria. Nosotros tambien la sabemos de corrido: sois absolutistas, ultra-absolutistas; católicos, ultra-católicos; ¿verdad? Pero no es esta nuestra duda: lo que tambien quisiéramos saber es cuál de los dos absolutismos es el vuestro; porque ya sabreis que aqui, donde á falta de muchas cosas buenas, sobran partidos turbulentos é impacientes, tenemos hoy, jloado sea el Señor! dos partidos absolutistas; uno, el vetusto, el cantor de la magnífica pilita, respetable, sin embargo, por sus luengos años, sus incurables achaques y su plausible consecuencia; y otro, el moderno, el recién llegado, el que nosotros tuvimos la osadía de apellidar raquítico engendro y aborto monstruoso de la descomposicion del partido moderado, causando en mal hora con tales palabras una crispacion horrible en vuestros católico-monárquicos nervios.

En suma: puesto que habeis como los restauradores de 1814 y 1823, pertenecéis á sus filas? Y si á ellas no pertenecéis, ¿juro os cofrade! ¿já qué os declarais vocinglero paladín de un absolutismo bastardo, que habria de ceder muy en breve su puesto al verdadero, al único que aqui comprenden las masas dirigidas por gran parte del clero? Por esto, y solo por esto dijimos en el artículo que habeis dejado sin réplica formal, que «mientras todos entendamos muy bien á La Esperanza, nadie entiende á La Regeneracion.»

Pero aparte de esto, no es cierto que, al hablar en términos generales del neo-absolutismo que se intenta imponernos, nos dirijésemos exclusivamente á vos, descontentadizo colega, como con sobrada ligereza habeis supuesto; no es cierto que hayamos faltado en el estilo y la forma á lo que nuestros lectores y las personas bien educadas tienen derecho á prometerse del escritor público, y de ello puede corroborarse lo aquel que, mas sereno, mas templado é imparcial que vos, religioso adalid, se tome la molestia de leer nuestro mencionado artículo. Por lo demás, quede sentado, que si hubiéramos, por desgracia, faltado á las formas mesuradas y corteses, que tanto realce dan á la verdad, no sois vos, amiga Regeneracion, el periódico á quien deberíamos pedir lecciones de mesura y sensatez.

Por lo que respecta á la indicacion de que aclaremos el sentido de algunas de las

palabras con que dábamos fin á nuestro artículo; palabras que aludian á los apoyos del periódico teocrático, poco tenemos que decir: obtengáenos este de sus amigos, hoy tan poderosos, el permiso de hacer las aclaraciones que desea, y al punto satisficéramos su deseo. Porque estimular á que habie al hombre en cuyos labios se ha puesto una mordaza, es un insulto de mal género, es una provocacion temeraria. Si La Regeneracion pudo, como nos lo recuerda por via de ejemplo, despacharse á su gusto en tiempo de la aciaga dominacion progresista, nosotros no tenemos hoy tanta fortuna. Esto debe consistir, salvo error, en que en tiempo de los progresistas la prensa reaccionaria tenia alguna mas libertad que la que hoy se concede á la prensa liberal. He aqui en lo que, por lo visto, no habia caído nuestro honisimo contrincante.

Esto es cuanto podemos decir á La Regeneracion acerca de la escitacion que nos dirije. Garantícenos de recojidas, y esté bien persuadida que si sus escritos no son para nosotros modelos de estilo y forma, tampoco serán dechados de lisura y franqueza.

La Discusion sigue en sus trece: se copia, se recopia, se elogia y se sublima hasta las nubes para de mostrar una vez mas que mira con odio al parti lo progresista; y que en ese juego de tira y afloja que con tanta maestría ejecuta, lo que le quita el sueño, lo que es para nuestro colega una pesadilla es aquello de que el partido progresista se reorganice. Para esto no escasa su frase favorita, de que las cuestiones se rebajan, se empuñecen, se arrastran por los que con el dis-cu-tan. Nuestro colega como se eleva tanto, tanto, tanto, que se pierde por los espacios imaginarios, y vuela y vuela y se agita por donde nadie le sea á la mano, no es extraño que desde aquella altura vea á todos pequeños, diminutos y vulgares. La ilusion de óptica varia segun desde el punto en que se miran los objetos. Así nos esplicamos tambien que la cuestion de forma sea secundaria para nuestro colega, poniéndole en esto en pugna con las ideas de otros hombres de su hermanad, que niegan terminant mente que bajo la forma márguica fructifiquen derechos populares, ni libertad.

El mirar la forma como un accidente secundario, es lo mismo que apoyarse en aquella frase de viva quien vence: esto tambien es sublime.

Si nuestro colega quiere dar momentos de solaz á nuestros comunes adversarios, debe no desistir de su propósito de luchar con los progresistas; la ocasion es oportuna,

y esto no dá lugar á tropiezos en el Gobierno civil.

Nosotros recibamos el guante, y aplazamos la cuestion por vivila por nuestro colega para la época á propósito para dilucidarla: entre tanto, que se reorganice ó no se reorganice el partido progresista, ¿qué puede importar á La Discusion? Si este partido no tiene hombres, si no tiene principios, si no tiene elementos de vida, es una crueldad increíble la que observa nuestro colega, lanzando un cadáver y luchando con un fantasma.

Cuanto mas muerto se halle el partido progresista, mas tiene adelantada La Discusion para engrandecer el suyo, que por lo visto ni es republicano, ni es progresista, ni es moderado, ni es absolutista; pero que lo que le sea lo que, puesto que la forma para La Discusion es una cosa secundaria.

Para despedida diremos por última vez, que no queramos dar gusto á nuestros enemigos, y por lo mismo no continuamos esta polémica, y que cuando llamamos no decimos nada. Despues de esta, élévese cuanto quiera La Discusion, foruz castillos en el aire, deduzca consecuencias, y por último despáchese á su gusto como diria el señor Moron.

El Norte Español, periódico o'donnellista, lamentandose de la recojida que sufrió ayer, dice con la mayor imperturbabilidad del mundo:

«Mientras dura el INCALIFICABLE estado de la prensa, etc., etc.»

Sentimos tener que ser, aunque por un momento, ministeriales; pero la frescura de nuestro nuevo colega nos obliga á ello, porque antes que todo está la verdad.

¿Fue el ministerio actual ó el anterior el que estableció el régimen que pesa sobre la prensa periódica? ¿Fue O'Donnell ó Narvaez el que inició la terrible persecucion de la imprenta? ¿Fue Zaragoza ó Alonso Martinez el primer cuchillo de la prensa española liberal? Si de alguna cosa puede culparse al gobierno actual, es de haber aceptado tal como la encontró la situacion lamentable de la prensa independiente. El verdadero culpable en esta ocasion es el funestísimo ministerio O'Donnell-Rios Rosas.

En otro artículo añade El Norte Español:

«Ya la imprenta no morirá nunca: aquellos que se obcecáran hasta el extremo de poner trabas insostenibles á la imprenta lícita, que analiza y discute con madurez y con templanza, mas tarde ó mas temprano se hundirian bajo los golpes de la imprenta

219

SECCION RECREATIVA.

LOS MISTERIOS DE LONDRES

PAUL FEVAL.

PARTE. CUARTA.

L MARQUÉS DE RIO-SANTO.

XII.

VEINTE QUINTALES DE CARNE HUMANA.

—Para evitar las fatigas del abordaje—respondió Fergus;—para llegar de golpe y sin obstáculo hasta encima de cubierta de una hermosa embarcacion, donde los diez y ocho cañones os mirarán por la culata.

Waterfield se dió una palmada en la frente exclamando:—Vive Dios! me parece que tambien lo entiendo... Vamos, mis bravos camaradas! Tres hurrahs por nuestro comandante! Es golpe que vale la pena!

Fergus detuvo como pudo el súbito entusiasmo del matador de bueyes que ya no necesitaba estímulos. Algunas palabras acabaron de esplicar el plan, cuya osadía era bastante seductora para sus extraños soldados. El Rey Lear lo aprobó completamente, y M. Smith indicó que una vez apoderados de la corbeta seria fácil reconciliarse con el cielo yendo á llevar la luz de la verdad á las regiones salvajes, sobre cuyo punto no se movió discusion.

Por órden de Fergus, los veinte y ocho recién llegados, Waterfield y el negro Absalon se tendieron sobre la arena en desórden, despues de haber ocultado las armas debajo de los vestidos. Tambien las ocultaron Fergus, Randall, el Rey Lear y Smith; pero permanecieron en pie. Maudlin estaba sentada en un pedazo de roca.

Oíase perfectamente los remos de la chalupa que estaba á unas cien brazas.

—Cuidado con descuidarse!—les dijo Fergus en voz baja;—á todos nos va la vida! Aqui, en la chalupa, en el buque, estais muertos de borrachera, dormís...

—Cada uno de nosotros se ha visto muchas veces en el caso de representar este papel al natural... Quedad tranquilo, comandante!

—Oh!—gritaron de la chalupa.

—O al!—respondió el Rey Lear.

—¿Quién sois?

—¡Lléveme el diablo! Y vosotros ¿quienes sois?

—Guardia marina de la corbeta Ceres.

—Nosotros,—replicó el viejo Ned,—nosotros somos cuatro buenos ingleses y la Reina Mab mi mujer, todos de la familia del M. Cunning, el superintendente, que ofrezca sus respetos al teniente Naper.

—Y luego?

—Y le envia lo que vos ya sabeis, señor guardia marina.

La chalupa solo distaba algunas brazas de la costa, y un vigoroso golpe de remo la hizo abordar. Pocos instantes despues tomó tierra tambien un bote. El oficial de marina, un maestro y cinco ó seis marineros saltaron á la playa.

—Ya no os esperábamos esta noche,—dijo el jóven oficial.

—Es verdad que hemos tardado,—repuso Ned, que en razon de su edad representaba el pago de hombre de confianza del superintendente;—pero esos bravos muchachos vienen bien cargados de rack, ya lo veis, señor oficial: seis horas mortales se han necesitado para ponerlos así.

—¿Cuántos hay?

—Unos veinte quintales, señor, suponiéndole el peso de ciento cincuenta libras unos con otros.

—Ah! señor! están borrachos!—gritó en aquel momento el maestro almirado, que acababa de examinarlos de cerca;—Mister Jones, añadió dirigiéndose al guardia marina, son bellos mozos, ¿fé!

El jóven oficial tomó cierto aire de importancia y dijo:—M. Cunning no se hubiera atrevido á enganar á un oficial del rey... Embarca!

El maestro en seguida agarró á Waterfield por los hombros mientras que dos marineros le cogian una pierna cada uno.

—Unol!—contó el oficial de marina.

Waterfield cayó aplomado al fondo de la chalupa.

—De beber!—tartamudeó con voz entorpecida; los marineros saltaron una carcajada.

—Dad! tres! cuatro! cinco!—iba contando el oficial á medida que iban cayendo uno á uno en el fondo de la chalupa á manera de fardos de mercancías;—despachad, Sam, muchacho; el día se nos viene encima... seis, siete, ocho...

—Han puesto de todo,—dijo el maestro,—hasta un morrito!

Absalon murmuró algunas palabras confusas, y cayó al fondo de la barca.

—Nueve, diez, once,—continuó el guardia,—doce. Caballero, creo que vais á venir con nosotros á bordo. El teniente Naper estará contentisimo de veros.

—Sin duda, señor, sin duda,—respondió Ned;—el teniente es muy amable, y vos sois un jóven oficial muy bien educado... Os seguiré con mis tres camaradas y mi mujer, que desea ver una embarcacion de guerra.

—Diabli!—murmuró Sam;—los cuatro bribones, pase; pero qué hará nos de la dama?

El guardia marina le impuso silencio con viveza, y volvió á su cuenta: estaba cabal.

—Sam,—dijo,—dad la mano á la dama... Señores, servios subir... Esto consistirá en un viaje mas. Sam,—añadió dirigiéndose al maes-

tre,—nos quedaremos con los cuatro bribones, y volveremos la dama.

Este oficial era un bello jóven de quince á diez y seis años, colorado y blanco, de muy buena familia y de excelente educacion; pero en nuestras escuelas se olvidan de enseñar á los jóvenes marinos, que la perdicia no constituye la habilidad, y macha el valor. En fin, puede que tengan razon, pues mientras aprendieran esa axi-una vulgar, descuidarian la demostracion de un teorema del mayor interés. Ya se acusa á los marineros ingleses de malos instruidos que los franceses; ¿qué seria, buen Dios, si se ocupasen en hacerles un curso de moral?

Sarinstruido significa saber el álgebra, la geometría, la trigonometría rectilínea, curvilínea y transcendente, etc., etc., y no conocer los principios mas elementales de la honrria de bien. No se busca el punto con máximas de sabiduría, y nuestros marineros no son cuáqueros.

Son impertinentes, de un humor brutal, hacen el tráfico de blancos se pretexto de filantropía, y bajo del mismo pretexto un horroroso comercio de veneno; ellos insultan á los débiles, aunque en la ocasion no retroceden ante los fuertes; finalmente, ellos son, ¡ay! lo que nosotros...

Sam dió la mano á Maudlin Wolf, que se embarcó en el segundo bote en que estaban ya los cuatro supuestos criados del superintendente, y presto se largaron ambas embarcaciones.

Durante la travesía, el oficialito estuvo examinando á los cuatro huéspedes, de los cuales Fergus principalmente le llamaba la atencion, de suerte que dijo en voz baja al maestro Sam:—Este bello jóven vale él solo los treinta bribones de la chalupa. Decididamente el rey tiene necesidad de él.

—Gran necesidad, señor Jones—respondió el oficial;—la vieja dama, la Reina Mab, segun ellos la llaman, ya bastará para llevar á Cunning las corteses espre-lesiones del teniente.

Salía el alba y la corbeta aparecía describiendo vagamente sobre el fondo rosado del cielo, los negros destacados perfiles de sus aparejos, do-

lando ver la arboladura inclinada mecida blandamente y con lentitud. La quilla se confundia con el oscuro azul de la mar en la cual no reflejaba la aurora, indecisa aun y velada.

A bordo todo era calma y silencio; y solo cuando las dos lanchas entraron en las aguas de la corbeta bajó desde la garvia una voz de aquíen vive.»

Un momento despues la cabria daba vueltas, y los veinte quintales de carne humana fueron sucesivamente izados encima del puente donde quedaron tendidos, inertes, y al parecer incapaces de hacer el menor movimiento. Despues de los cuatro enviados de M. Cunning fué ascendida la Reina Mab, y dió materia de mucha diversion á los marineros de la Ceres. El inglés cuando se chateaba, y esto todo el mundo lo sabe, se parece bastante al oso bufon que muele á sus amigos á cantazos so pretexto de espartarles un musculo que tienen en la mejilla.

Los marineros ingleses superan aun al oso, y son los mas terribles farsantes del universo.

La pequeña mujer, pues, estuvo mucho rato bamboleano de una roldana á otra, y por fin salió de golpe, tirada como una pelota, y medio muerta de susto. El segundo del bordo, viejo lobo, pequeño, rechoncho, de aspecto duro y repugnante, asomó la cabeza por la grande escotilla, y preguntó:—¿Está hecho?

—Si, teniente,—respondió el oficial de marina.

El segundo salió desde luego á la cubierta; se hizo traer una litera para examinar los recién llegados, y durante la inspeccion fué repartiendo algunos pantipies á los flujidos borrachos, presentenbielos con juramentos que no habrian mas que aguar todo el tiempo del crucero.

—¿Y eso qué viene á ser?—preguntó señalando á Fergus y compañeros.

—Es,—respondió el Rey Lear,—son personas á quienes debéis cien libras.

—¿Cien, bien!—gritó el segundo;—por qué habeis traído esos pícaros, señor Jones?